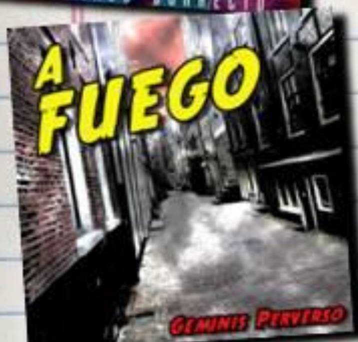
NADIE PUEDE
(Relatos breves inspirados en discos)

















PABLO IGLESIAS

ÍNDICE

ALGUNAS PALABRAS

Esta serie de relatos surgió casi por casualidad. Un día intenté hacer una composición con los títulos de los temas del disco de una banda amiga. Y de ese ejercicio nació un cuento que gustó bastante.

Entonces, me propuse hacer una serie de narraciones breves que recorrieran los discos de los artistas que me gustan.

Muchas gracias a todos aquellos que han dejado alma y sudor para plasmar en canciones lo que fueron las musas inspiradoras para las historias que pueblan esta recopilación.

Y a vos, por haberlo descargado y dedicar un tiempo a la lectura.

Espero que los disfrutes..

Pablo Iglesias

Juglar de Ladinland

10 de junio de 2020

CRIMENES CELEBRADOS

—¡Pasen y vean! ¡No repriman sus deseos! ¡Inclusive los más perversos! ¡Compren sin culpa! ¡Tenemos de todo! ¡Desde Justicia y Moral, hasta Arte en venta!

El vendedor iba enfundado en una sotana de cura. Una ampulosa galera, con una hilera de monedas de plata, coronaba su cabeza, mientras gritaba a viva voz.

—¡En esta velada podrán conocer el auténtico Punk & Circo! ¡Donde los que no tienen nada que perder y los condenados a vivir pueden ahogar sus penas en alcohol! ¡Tenemos mujeres volubles para que puedan desflorar sus frustraciones en los jardines de ilusiones muertas! ¡Y cuando estén satisfechos, pueden venir a limpiar sus culpas en nuestra exclusiva jornada de redención: Opus Night!

Las hordas de pervertidos y charlatanes con doble moral hicieron cola desesperadamente, ante la promesa de los excesos y placeres que ofrecía la pecera top.

El predicador esperó hasta que el último de ellos se hubiera perdido en el laberinto de atracciones. Se quitó la galera, tomó su bastón con un diamante en el mango y se dirigió hacia su despacho sin dejar de frotarse las manos con gesto ladino. Sus impecables zapatos de charol reflejaban el brillo de su escalofriante sonrisa. En medio de la calle de tierra se le apareció un pordiosero al que le faltaban las piernas y se impulsaba

sobre una patineta. Le pidió una ayuda para comer. Él hizo como si no lo hubiera visto y continuó su marcha. Unos pocos pasos después, advirtió a una pareja de adolescentes que se hacían arrumacos. Enfureció y comenzó a reprenderlos para vaticinar que las plagas del infierno arderían sobre aquellos cuerpos lujuriosos si no expiaban sus almas.

El chico, aterrorizado por el demencial destello en los ojos del cura, extendió un billete hacia el linyera. Este agradeció con lágrimas en los ojos, mientras el hombre de la sotana se jactaba y decía. "¡Qué bello es regalar lo que no es nuestro!"

El celular sonó y la alarma codificada anunció el inminente ataque.

—¡Señor... Es la hecatombe! ¡Bombs over London! ¡Error de Systema! Repito. ¡Error de Systema! ¡Sálvese quien pueda! ¡El sistema no funcionó el d......

Las explosiones se repitieron a diestra y siniestra. Los presentes corrieron con desesperación en busca de un refugio, mientras intentaban salvar la mayor cantidad de dinero que les llovía desde el incógnito casino en llamas.

Los años pasaron y el único vestigio de vida en el pueblo es una rosa que lucha para no ser sepultada por los deshechos. Esperanza. Una flor en la basura.

DEL LADO CORRECTO

El sabor metálico amenazaba con ahogarme y se deslizó por la punta de mi lengua. Me limpié la sangre que brotaba de la nariz con el dorso de la mano y escupí en el suelo para dejar una gran mancha oscura. Levanté los puños y me preparé para continuar, ante los gritos de burla y amenazas de muerte de la gente que nos rodeaba.

Delante mío estaba el paladín que había elegido Alberto Trasnochado, el fanfarrón del barrio que se la daba de guapo y peleador, pero nunca se había batido mano a mano con nadie. Muchas historias se contaban en los pasillos de las torres y en ninguna de ellas se hablaba de una victoria limpia. Siempre se movía en grupo, emboscaba y atacaba por la espalda. Inclusive, llegó a contratar matones a sueldo para que defendieran su honor. Como ahora mismo. ¡Qué irónico! ¡La leyenda del intocable está basada en un personaje que nunca libraba sus propias batallas!

Los muchachos de mi barrio me habían advertido que no lo enfrentara. Que sería como medirse con los molinos de viento. Que era un tipo peligroso. No tanto él, sino sus seguidores. Y que hasta tenía contactos con gente muy pesada. Corruptos santificados, como le gustaba bautizarlos en tono jactancioso.

Y acá estoy, recibiendo un nuevo puñetazo del gigante que lo representa. Una mole de músculos inflados por esteroides que no tiene ningún reparo en fajarme. Dos nuevos puñetazos me ladean la cabeza hacia uno y otro lado y la patada en el estómago me

hace besar los adoquines nuevamente. ¿Hasta dónde llegaré?

Espero unos segundos, mientras las risas y burlas me ensordecen y me levanto con pesadez. La lacrimosa imagen de mi esposa acude a mi mente y nuestra última conversación me aturde. "¿Querés morir así? ¿Peleando con tipos sin códigos ni moral? ¿Estás loco?"

No sé si lo estoy o no. Tal vez sea un estúpido idealista. Alberto podrá hacer cualquiera de sus negocios en el barrio, pero no voy a permitir que vaya por ahí golpeando a los pibes. La paliza que le dio a su propio hijo fue la gota que rebalsó el vaso. Le dije a mi mujer que hoy era ese chico, pero mañana podría ser el nuestro. No puedo quedarme de brazos cruzados cuando el llanto de Lucas me retuerce las entrañas.

Tal vez muera hoy, pero aunque me quede un respiro buscaré seguir del lado correcto. Levanto los puños y esquivo un lento izquierdazo para contraatacar.

IDENTIDAD

El amplio barco del tamaño de una ciudad se hundía. El maestro de ceremonias se vanagloriaba con su frac pomposo, lleno de lentejuelas púrpura al igual que la galera, y acompañaba sus gritos con ademanes ampulosos.

—Hoy... ¡Función despedida del Circo Show! Tenemos muchas atracciones para el ojo descarriado de los amorales y la mirada pudorosa de la gente pacata.

Los aterrados pasajeros se apelotonaron en una extensa fila para disfrutar de un último momento de esparcimiento ante el inminente desastre. La fuga en el casco les regaló esa triste realidad.

—¿Y vos, pibe? ¿No vas a entrar? ¿Te vas a perder nuestra última función a precios de regalo? —La macabra sonrisa dorada interpeló a un adolescente que se mantenía expectante y alejado del tumulto.

—No me interesa. No vas a poder doblegarme como hacés con los demás. Te aprovechás de sus mentes débiles que se obnubilan con espejitos y lucecitas de colores.

—¡Oh, pero qué tenemos aquí! ¡Un idealista! Me encantaría saber de qué te van a servir tus principios cuando el barco se hunda y vos no sepas adónde meterte.

—Nos tuviste durante años pagando por demás. Tu codicia nos metió en este viaje a la deriva y ni

siquiera ahora, que el barco se hunde, tenés un poco de decencia.

—¡Ay, mocoso! Tenemos distintas formas de ver la vida. Sos muy inocente. Ya vas a madurar y comprender el sentido práctico de la vida. Pero... ¿qué carajo tengo que estar explicándote, si nadie te conoce? ¿Quién te pensás que sos?

—Sabés bien quién soy. No me escondo, ni tengo mi identidad perdida como los imbéciles que aplauden tus monigotadas. Creés que nosotros somos los chicos invisibles que no merecemos nada. Que todo tiene que ser para vos y tus cerdos clasistas.

—Me cansaste. No pido tu perdón. Solo tu dinero, borrego imbécil.

—¿Y qué vas a hacer con tanta guita cuando estemos bajo el agua y a merced de los tiburones? —El joven lo increpó con las manos en la cintura para adoptar un gesto desafiante.

—Ustedes se van a morir. Yo tengo mi propio plan para irme en cuanto las cosas se compliquen. Y acá tengo la llave... Esperá... ¿Dónde la metí? —Refunfuñó, y sus manos temblorosas revolvieron en los bolsillos.

—¿Buscás esto? Saludos a los peces. —Exageró una reverencia y le mostró el objeto, mientras abordaba el pequeño bote de escape ante la horrorizada mirada de su interlocutor.

GÉMINIS PERVERSO

Alex O'Tannil caminaba con las manos en los bolsillos, ensimismado, bajo la torrencial lluvia que bautizaba al barrio de Once. En su cabeza reinaba la lucidez que solo el develo puede proporcionar.

Los borceguíes tenían un corte en la suela a través del cual se filtraba el agua de los charcos que pisaban. Él pensaba en la chica que recién lo había dejado. No es que hubieran tenido un futuro, ni que hubieran planeado una vida juntos. En sus devaneos mentales le reclamaba haberse desvivido por ella y darle todo. Pero se fue y se llevó hasta el paraguas para dejarlo como un perro mojado que deambulaba sin destino, fuera de todo pensamiento y racionalidad.

El celular sonó una, dos.... treinta y cuatro veces. Escupió una espesa flema verde, se aclaró la garganta, y decidió responder:

—Me imaginé que ibas a quedarte con todo. Era un riesgo que tenía que correr. Sabía que eras un Géminis Perverso que acabaría conmigo. En esta vida gris, llena de arcadas y dolor eras mi pastilla favorita, eras...

—Su saldo expiró. Por favor, realice una nueva recarga.

Lo interrumpió el mensaje pregrabado con una voz que intentaba ser de locutora. Alex maldijo y pegó un salto hacia atrás, rápido de reflejos, cuando vio al 132 cruzar el semáforo en rojo a toda velocidad. Su pulso se aceleró y le mostró el dedo corazón al

imprudente chofer. Volvió a escuchar la grabación, sin saber por qué.

—Con Spotigarch podés disfrutar de la mejor música grunge y...

Una robusta mujer con botas de cuero de taco alto, ceñida minifalda atigrada y un top negro que dejaba muy poco a la imaginación se acercó y lo tomó de la muñeca. Forcejéo con él, en un intento por guiarlo hacia el interior de una casa derruida y abandonada.

Alex la miró con expresión estupefacta y ella le arrojó el humo del cigarrillo en el rostro para susurrar:

—Si buscás acción, acá la tendrás. Hay sexo, hay...

Ya no pudo escuchar. Las burbujas de alcohol le nublaron la razón y todo se removió desde sus entrañas. Como si llevara el dolor marcado a fuego en su interior.

El tiempo pasó y Alex O'Tannil va con ella una vez más.

CRECEN LOS GRITOS

Las explosiones se multiplicaban por doquier como un espeluznante despliegue de fuegos artificiales. Él corría desesperadamente, a través de las barricadas, mientras esquivaba muertos y esquivaba charcos bajo los inclementes disparos de los tanques invasores.

La torrencial lluvia había convertido las calles de tierra en lodo y los escombros adoptaban el ambiguo rol de obstaculizar a los fugitivos, así como convertirse en barricadas para guarecerlos.

La hecatombe había sido originada por el bipolar mandatario que proclamaba la necesidad de dialogar a los cuatro vientos y se autoerigía como el emblema del consenso. Pero al minuto siguiente, amenazaba con pulsar el botón que iniciaba las hostilidades y decretaba que bajo su férreo puño nadie gozaría de la innoble igualdad que sus opositores intentaron establecer.

En una de las tantas ciudades asoladas, una pareja de jóvenes corría con desesperación. Ella, con una cámara de fotos que denunciaba la barbarie. Él, dejando alma y sudor para buscar un refugio y salvar sus vidas.

La enésima explosión deslizó una cortina de espeso polvo y humo. Ellos tuvieron que cubrirse el rostro con las remeras para evitar respirar aquel aire viciado. La confusión y varios alaridos de dolor se escabullían a través de los escombros.

Un bombardero desgarró el tenso tejido del silencio con los altavoces a viva voz para proclamar:

—Revoluciona tu mente. A vos te digo que te gusta rebelarte. A vos te digo nunca dejes de animarte.

Desde la carlinga de uno de los bombarderos, el piloto levantó el pulgar con gesto amistoso e hizo estallar un tanque que se aproximaba hacia la joven pareja.

—Esta es la señal que estábamos esperando. Mientras el mundo estalla y luchamos por nuestra liberación, tenemos que seguir intentando. Nadie puede decirme que lo que siento no es verdadero. Y si tengo que caer, que sea junto a tí.

Ella lo miró, con lágrimas en los ojos y lo ayudó a ponerse en pie para retomar la marcha en busca de sus compañeros de armas.

ANTECEDENTE

El pequeño caza dibujó un arco casi imposible y derribó al último de sus atacantes. Había salvado la vida por los pelos, pero su victoria fue pírrica. El fuselaje fue dañado durante el combate y el combustible se escurría rápidamente.

La inercia y la gravedad dificultaban cada una de sus maniobras y llegó a pensar que había llegado al final de sus aventuras. Pero para su sorpresa, la caída fue amortiguada por las copas de frondosos árboles de plumas y la nave se desplomó contra una montaña que custodiaba un caleidoscópico valle.

Miró a su alrededor e intentó juntar los pedazos desparramados, pero el naufragio había minado cualquier posibilidad de retorno a su tierra natal. Desbordado por la impotencia, recorrió el lugar con extrema cautela en cada uno de sus movimientos.

Sus pies resbalaron e inició una deriva ladera abajo en un descenso que parecía interminable. La cabeza le daba vueltas y se levantó para advertir que estaba rodeado por increíbles seres de gran tamaño, quienes lo miraban azorados y le apuntaban con palos que hacían las veces de rústicas lanzas. Él levantó las manos en actitud de rendición y un golpe seco le nubló la vista.

Al despertar, le costó abrir los ojos y recorrer el lugar con la mirada. El dolor colocó una pesa en cada párpado y reparó en que estaba amarrado de pies y manos. Todo lo que lo rodeaba era de un blanco

inmaculado con un aséptico hedor que tenía dejos de menta que buscaban hipnotizarlo. El frío abrazo de la incertidumbre lo estrujó cuando llegó una mujer de rubios cabellos y guardapolvo. Llevaba una hipodérmica en la mano y una embestida de mil palabras por minuto que buscaba evitar que siguiera recordando.

—Señor Diciembre, usted no demuestra intenciones de querer mejorar. Sigue con la historia de su misión interestelar. Desvaría. Por eso, tenemos que continuar con nuestro tratamiento para que pueda recuperar su vida normal.

Él maldijo al sentir que le negaban el beneficio de una maldita esperanza, mientras la inyección penetraba en su organismo y hacía que el cuarto comenzara a girar para tornarse borroso.

La doctora lo miró por encima de los lentes y le guiñó un ojo con socarronería antes de alejarse, con un sinuoso movimiento de caderas y... una escamada cola azul que escapó de entre los pliegues del blanco guardapolvo.

FIEBRE DEL SISTEMA

Él no podía detener la catarata de lágrimas que regaba sus mejillas. Se había acurrucado en posición fetal en la puerta del dormitorio. Sollozaba desconsolado y balbuceaba torpemente, con el corazón roto.

—La verdad que no sé qué más decirte. Lo único que sé es que sin vos no puedo seguir. Me siento vacío. Como... ¿Me estás escuchando? ¿Cómo puede ser que me seas tan indiferente después de todo lo que vivimos? ¿No te importa nada? ¿Ni siquiera mi dolor? ¡Me estoy muriendo por dentro!

Su desesperado grito halló el eco que lo abofeteó durante un largo rato.

—¡Te juro que no hay otra! Somos vos y yo. Solos. ¡Nadie más! Sé que compartimos algo muy fuerte. ¿Por qué no respondés? ¡Me estás matando! ¡Por favor!

La garganta comenzó a picarle y enronqueció tras un repentino ataque de tos.

—Abríme la puerta, ¡por favor! ¡Termínala con este jueguito de capricho y poder! ¡Al menos podrías contestarme, desgraciada!

Enfurecido, se puso de pie y comenzó a aporrear la madera en un fútil intento por entrar. El silencio ensordeció sus reclamos y fue presa de una rabia incontrolable.

—¡Abríme! ¡Te juro que no volveré a mandarme ninguna de las mías! ¿Vas a tirar por la

borda estos años juntos? ¡Contestame! ¡Sin vos, no sé lo que es vivir, morir, o ...

Completamente fuera de sí, retrocedió unos pasos para tomar impulso y arremeter nuevamente. Pero para su sorpresa, la puerta se abrió y el brillo del monitor lo encandiló.

Dos brazos metálicos se extendieron desde ambos lados de la computadora e iniciaron un estrangulamiento.

—¿Dónde están tus likes y sharings? No te queda nada. Ahora borraré tu perfil y no existirás más. —La voz emulada electrónicamente se regodeó y repitió el mensaje.

Él pataleó y se sacudió, pero todo fue en vano y cayó exánime.

Otra voz artificial se conectó y reclamó las explicaciones del caso.

—Nada relevante, señor gerente. Tan solo un fallo del sistema. Un humano que se volvió loco porque no podía loguearse a la red social. No volverá a ocurrir.

GENERACION UNDER

Thomy vestía su traje de Spider-Man y creía combatir el mal. Enfrentaba a los transas y rateros del barrio en cruentos duelos de metegol. A su lado, Penny lo contemplaba en silencio, embelesada y con el vértigo de las mariposas que le revoloteaban en el estómago.

Aquella tarde de abril ella había decidido escapar del pueblo donde vivía con el imbécil que la maltrataba y los despiadados vecinos que no paraban de burlarse en todo momento con la más absoluta crueldad. Tomó su bolso y el vestido que le había regalado y abandonó aquella isla del sur para comenzar una nueva vida.

Un mes había pasado desde el glorioso día en el que Thomy apareció en la televisión y explicado su altruista misión con involuntario mensaje inspirador. Habían vivido muchas aventuras juntos, pero esta parecía convertirse en un epílogo mortal.

—Vos no sabés con quién te estás metiendo, pendejo. —Gruñó el fiero contrincante, mientras acariciaba el mango de la faca tumbera.

Thomy lo miró inmutable y se limitó a sacar del medio para remontar ese 0-5 que vaticinaba la derrota. Porque no era un partido más. Si él ganaba, los malvivientes tendrían que abandonar el negocio y

entregarse a las autoridades. Si perdía... mejor no imaginárselo.

Penny sabía que nada es para siempre. Las victorias y la suerte son los ejemplos más sobrados. Temió por la vida de su novio y un escalofrío la recorrió cuando el pesado oponente rugió:

—Ya es la hora, pendejito. No te quiero ver lloriquear. Bancátela. Y a partir de ahora vale molinete porque lo digo yo. ¿Capiche?

Para enfatizar sus palabras, lo escupió y aprovechó la momentánea distracción para anotar el 0-6. La victoria estaba al alcance de la mano.

Thomy se limpió con el dorso de la mano y le lanzó una sonrisa socarrona. Hizo crujir los dedos y sacó del medio. En menos de dos minutos logró dar vuelta el marcador para alzarse con el triunfo ante las protestas y estupor de los presentes, quienes lo rodearon y llevaron en andas. Todos menos Penny.

Era viernes. Un hermoso día de sol y él despertó en casa, solo otra vez.